



Arturo Arnáiz y Freg.

Arturo Arnáiz y Freg

Álvaro Matute

Dos características surgen a la memoria cuando se evoca la figura de Arnáiz: su brillantez y su enorme sabiduría empírica en materia de historia de México. La forma y el contenido se reunían en sus exposiciones de clase o de conferencia. Su prodigiosa memoria era el elemento que le permitía unir a la perfección el acervo de datos que tenía en la mente con la manera como los transmitía. Fue por ello un gran profesor. Hombre de cátedra y de tertulia más que gabinete, no obstante era un gran lector que conocía muy bien la herencia historiográfica mexicana y estaba al tanto de las novedades que aparecían. Interlocutor de los grandes historiadores anteriores, contemporáneos y posteriores a él, no desmerecía ante ninguno. Lamentablemente, la parquedad de su obra escrita no permite a las generaciones que no convivieron con él, atisbar su grandeza, que quedó en los salones de clase y de conferencia. Pese a ello, como historiador, si bien su obra es aparentemente breve, contiene suficientes elementos para ser valorada como valiosa y rica.

Este profesor, que en su tiempo fue el historiador más conocido de México ante el público ajeno al medio, nació en la capital de la República el último día de abril de 1915, coincidiendo con los días de la batalla de Celaya. Hijo de un destacado profesor de gimnasia, Rosendo Arnáiz, se formó en instituciones públicas, incluyendo desde luego a la Escuela Nacional Preparatoria, donde cursó el bachillerato en ciencias biológicas, para intentar después estudiar medicina, carrera que abandonó con el objeto de hacer los estudios completos de la maestría y el doctorado en lo que se llamaba Ciencias Históricas, del año 1936 a 1942, en la Facultad de Filosofía y Letras. Muchos años más tarde haría la licenciatura en Economía en la UNAM. Dentro de nuestra institución fue a la vez alumno y maestro. Muy joven ganó un certamen biográfico con un trabajo sobre el doctor Mora. Tenía diecinueve años cuando eso ocurrió, y con ello ingresó al mundillo de los historiadores. En alguna conferencia expresó que don Luis González Obregón le contaba que Guillermo Prieto le decía que cuando visitó a don Lucas Alamán... Con esa cadena de relaciones nos enviaba al pasado uniéndonos a ella. González Obregón murió cuando Arnáiz tenía veintitrés años.

Completó sus estudios en la Universidad de Texas, a la que acudió en numerosas ocasiones como conferenciante. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, enseñó en ella la materia México Independiente, de 1821 a 1854, denominada también Federalismo y Centralismo, en sustitución de don José de Jesús Núñez y Domínguez, y más tarde,

relevando a don José C. Valadés, Ideas políticas en México en el siglo XIX. Esta materia también la impartió en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Fue investigador de los institutos universitarios de Investigaciones Estéticas e Históricas, así como del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Entre los alumnos en quienes dejó huella se cuenta a Pablo González Casanova, a Moisés González Navarro y a Luis González, quienes llegaron a ser sus sustitutos en los tiempos en que viajaba por todo el mundo. Otro maestro que lo evocaba con cariño y admiración era Eduardo Blanquel, así como Jorge Alberto Manrique y Josefina Zoraida Vázquez.

Profesor de secundarias, preparatorias y universidades, nacionales y extranjeras, fue escuchado por muchas generaciones a las que transmitió su gusto e interés por la historia de México. Poseedor de una rica biblioteca de treinta y cinco mil volúmenes, la donó al morir a la Biblioteca Lerdo de Tejada. Lamentablemente, ese hombre de figura robusta, de voz estentórea y derrochadora energía pasó sus últimos años sumido en una penosa enfermedad que lo alejó del ejercicio de su profesión. En la Facultad, tras haberse jubilado, fue recontratado en el año 1966 y sirvió hasta 1972, cuando la salud comenzó a mermar. Murió el 13 de junio de 1980.



Juan José Arreola.

Juan José Arreola

Manuel de Ezcurdia y Vértiz

Resumir en contadas líneas la persona y la obra de Juan José Arreola es tarea imposible e injusta. A Juan José hay que verlo y leerlo para creerlo. Es el duende lorquiano encarnado. Es por esto inútil el intentar ordenar sus talentos, continentalmente reconocidos y premiados: ha merecido el "Villaurrutia", el Nacional de Lingüística y Literatura, el Nacional de Periodismo, el Nacional de Programas Culturales de Televisión, entre otros. Alumno en París de Jouvett, de Renoir, de Jean-Louis Barrault, ha logrado parecerse a este último.

Si en la segunda década de nuestro siglo Julio Torri descubre la magia negra de la palabra, treinta años después Juan José Arreola surge como el mago blanco de la prosa mexicana, practicando esos encantamientos verbales que componen *Varia invención*, y que continúan y se refinan en *Confabulario*. Arreola inicia un nuevo periodo en la letras mexicanas; inaugura el relato de la segunda mitad de este siglo ya por